

LOS ÚLTIMOS DESTELLOS

Grerlak salió al claro, y caminó hasta el borde del barranco. Fue levantando la vista lentamente. Sobre él, el cielo ofrecía un maravilloso espectáculo. El sol brillaba a gran altura protegido por algunas desobedientes nubes que teñían la escena con una fina, pero constante garua. Como para darle el toque final al hermoso cuadro, las nubes se unían al sol a través de un colorido arcoíris. Grerlak no pudo menos que sonreír, aquello era capaz de levantarle el ánimo incluso al más pesimista de los seres vivos.

Sacudió la cabeza saliendo del atrapante hipnotismo que le causaba el paisaje. Abajo del barranco, ajena a tanta belleza se erguía la metrópolis. Allí dentro de la gran estructura las personas podían sentirse a salvo, protegidas por los enormes muros que costeaban la ciudad. La muralla rectangular que encerraba las edificaciones estaba construida con un grosor de varios metros de cuarzo puro, que ni el cuerno de un Ruyals sería capaz de atravesar. Su altura no tenía que envidiarle al grosor, y ni el palacio real le llegaba a la mitad de la cima. Como medida de prevención final, la muralla había sido recubierta por varias láminas de **pedra obsidiana**. Un detalle que también le agregaba algo de decoro. Grerlak meneó la cabeza a ambos lados en lo señal de desaprobación. Humanos, maestros, y varias especies de animales convivían en ese encierro creyéndose seguras, lo cierto era que quedaban expuestas al mayor peligro existente: ellos mismos.

Sus almas se perdían en lo cotidiano y simplista de sus vidas. Algunos pocos (en su opinión los más sabios), se animaban a vivir a las afueras del muro encargándose de cultivar la tierra, conviviendo un poco más con el mundo.

Grerlak se giró para marcharse a través de los matorrales. No era su trabajo criticarlos. Algún día alguien se encargaría de ellos guiándolos a un destino mejor. Se zambullo una vez más a través de los frondosos árboles. Arriba las nubes habían ganado la partida, se imponían amenazando con descargar un torrente de agua. El viento parecía ser un cómplice de ellas, y hacia batir las popas de los árboles de un lado a otro. Camino más internándose en el corazón del bosque, el cantar de unos pájaros anunció su llegada al árbol madre. Un gran ombú que rondaría los 1200 años de antigüedad. Abajo entre las raíces habían hecho nidos una tribu de tónicas. Las parientes inteligentes de las hormigas que se alimentaban sobre todo a base de miel de avispa. En esos momentos realizaban el **Q'upira** un ritual en el que se ofrecía una ofrenda a la **pachamama**, agradeciendo los víveres y protección brindados durante la

temporada. La ofrenda (normalmente porcentajes de frutos secos, miel u otros comestibles) se mezclaba con la tierra como abono, para que quedara fértil. Luego se plantaban unas amapolas y se danzaba alrededor de la tierra trabajada.

Un ruido no muy lejano lo avivó, se estaba distraendo demasiado. El bosque también podía ser demasiado peligroso. Un nuevo ruido, esta vez más cercano, y el movimiento de unos arbustos le indicaron que la criatura que acechaba se encontraba a su derecha. Se quedó quieto, expectante con la mirada fija en los arbustos que se movían cada vez más violentamente. Entonces ante sus ojos asomó la figura de la bestia. Era un pinta, una especie de pantera negra, pero por lo menos 100 veces más terrorífico. Su características físicas eran las mismas a excepción de sus patas y boca. Los pinta poseían 24 garras, 6 por cada pata, siempre las tenían afiladas aunque normalmente solo las usarán para marcar árboles (forma de expresar cual era su territorio a los demás de su especie). Cada garra era más larga que un machete y tan fina como una hoja. Sin embargo lo más monstruoso era su boca, a diferencia de una pantera u otro felino, los pinta no portaban colmillos. Su hocico se estiraba dando espacio suficiente para dejar ver unos tubos a través de los cuales aspiraban almas. Raíz de donde se fundaban cientos de leyendas espectrales sobre ellos. Era sin duda alguna de las criaturas más temidas que habitaban el bosque. La bestia lo inspeccionó con sus ojos blancos extremadamente contrarios a su piel. Una vieja leyenda decía que sus ojos se debían a que un dios les había extraído el alma como castigo por una grave falta, desde ese entonces los pinta buscaban sanar su ansia absorbiendo las almas ajenas. Para criterio y evaluación de Grerlak aquello no era más que puros cuentos inventados por los metropolitanos.

Tanteó el hacha que llevaba colgada en la espalda, mientras el pinta comenzaba a olfatearlo, no tendría necesidades de usarla, pero más valía estar preparado ante un desafortunado evento. Aunque aquellas bestias tuvieran una gran vista, su mayor herramienta recaía sobre su estirado hocico. Con este tenía la asombrosa cualidad de ser capaz de intuir los estados anímicos de las personas. Esta era la mayor causa por la que Grerlak se mantenía calmo, él sabía muy bien que las almas que más les atraían a la bestia eran las llenas de espanto. Para un pinta el alma de alguien ajeno al bosque era aborrecible comparado con los que habitaban allí, pero si esa alma se compensaba con desesperado temor, ya era otra cosa. El animal lo olfateó durante un rato más (que a él le pareció una eternidad), luego se giró marchándose por el mismo lugar donde había llegado, seguramente buscando una presa que ofreciera un alma más deleitable.

Suspiró un momento secándose la frente, luego continuo el viaje internándose más en el bosque. Se detuvo un momento observando un pozo de arena movediza. Un mono pasó entre unas ramas cercanas mirándolo con curiosidad. Con tranquilidad extrajo de su bolsillo una pequeña hoja arrugada que por su antigüedad empezaba a tomar un color opaco. ¡Hacia cuánto que no lo usaba!, añares desde la última vez. Por un momento dejó que la nostalgia del pasado lo acechará, acariciando el viejo pergamino y recordando otros tiempos. Una vez que constató su camino se puso nuevamente en marcha, ya estaba cerca. Esperaba no encontrarse con otro animal o impedimento antes de llegar, ya que el tiempo se le agotaba y no podía permitirse distracciones. Atravesó un ramal y dio a la orilla de un río. El agua cristalina corría con potencia rumbo a la parte más baja del bosque. El río era interno, se encontraba justo en la mitad. Cuando uno se acercaba a las orillas del bosque se disolvía en pequeñas partes que eran apenas más grandes que zanjones. Allí en cambio tenía al menos unos 40 metros de ancho. Ninguna persona conocía su existencia, los lugares de paso de los pocos que se animaban a internarse en el bosque no llegaban tan adentro. Grerlak observó un momento la otra orilla. Del otro lado comenzaba la selva Daimon, curiosamente el río marcaba un límite entre 2 relieves peculiarmente diferentes. Naturalmente ambos eran igual de peligrosos. Se puso otra vez a caminar, su objetivo no se encontraba en la selva, si no río arriba. Ojeó el cielo; las nubes se ponían cada vez más negras haciendo que tuviera que forzar la vista para ver bien.

Finalmente llegó. Una roca de gran tamaño se alzaba en el medio del río armando una cascada natural. El río seguía un poco mas arriba, pero el destino de su viaje era aquel. Sacó el viejo mapa y lo tiró al piso. No le importaba mojarse la ropa, pero temía que el pergamino se rompiera. Se metió en el agua, le llagaba poco más que a la cintura, el problema era la corriente que amenazaba continuamente con arrastrarlo río abajo. Como pudo caminó hasta la cascada y se zambulló directamente bajo ella. Sorprendentemente (no para el que conocía el lugar) la roca tenía una gran fisura que funcionaba como una cueva. Adentro el agua perdía corriente y profundidad llegándole ahora a los tobillos. Algunas algas se habían desplazado alejándose de la entrada formando unas acolchonadas paredes verdes. Sobre el centro de la cueva apoyado en un **fresno** de amplias raíces y tallo, pero no de gran altura. Se encontraba el corazón de la naturaleza. Una lasca de **Intisuma** sobre el templo tallado en madera.

Grerlak se acercó con cuidado. Tomó su hacha de plata templada con piedras lunares. La había cargado todo el camino ¡Al fin le daría uso! El hacha podía ser muy útil ya que tenía la

virtud de cortar las almas. Tuvo que dar cerca de 10 hachazos antes de deshacerse de las cadenas espirituales que él mismo había colocado años atrás.

La tarea de inspeccionar el valioso objeto le tomo un buen tiempo, finalmente llegó a una conclusión: estaba débil, pero resistiría el tiempo suficiente hasta que la humanidad volviera a encontrar aquel vinculo con la naturaleza. Se aseguró de colocarlo en su lugar y volver a colocar las cadenas protección seguramente innecesarias.

No se sorprendió que, al salir, su pergamino aún estuviera allí, ni los animales se acercaban parecían considerarlo un sitio sagrado. Grerlak levantó la vista: entre las negras nubes se abrió una esfera perfecta por la que atravesó la luz. Era el momento ya no tenía más tiempo. Entonces desplegó sus alas y voló al cielo, era hora de dar su informe.

GLOSARIO:

Fresno: Según algunas religiones incaicas es el árbol de la vida.

Intisuma/ Inti suma: Dios de origen Quechua que representa al padre sol. Encargado entre otras cosas de la cosecha de la temporada.

Obsidiana: Según varias creencias en su mayoría occidentales la obsidiana se la considera como la roca guardián. Utilizada por quién la lleve encima para ahuyentar los malos espíritus.

Pachamama/Pacha mamá: Nombre dado a la madre tierra por la gran mayoría de los pueblos originarios de Sudamérica.

Q'upira: rito y ceremonia también de origen Quechua relacionada con el agradecimiento a la madre tierra.